

CUENTO N° 213

TÍTULO: EL PERNIL

SEUDÓNIMO: TRÁNSITO

AUTOR: DOUGLAS ARNOLDO HENRÍQUEZ OLIVARES

“El Pernil”

“Tránsito”

Ese día hubo visitas en la Cárcel. Tal como sucedía los martes, jueves y domingos, entre las dos y cuatro de la tarde. La gran mayoría de los asiduos visitantes al penal eran mujeres, generalmente madres y parejas de los reclusos que provenían de la zona. Ellas tienen por costumbre llevarles alimentos, cigarrillos y yerba mate. La alimentación fiscal de los presos era escasa, y de una calidad inferior, por decir lo menos. La situación alimentaria de los gendarmes no era mejor. La permanente ansiedad y estado de tensión psicológica, debido a su agobiante trabajo de seguridad y vigilancia, aumentaba notablemente su apetito. La escasa dotación de funcionarios, los diferentes horarios y múltiples tareas, tanto de día como de noche, casi siempre producía en ellos falta de sueño y ganas de comer. Pero era su trabajo y debían asumirlo con entereza y responsabilidad. En este escenario, se juntan dos amigos que se desempeñan como gendarmes. Uno era bastante alto, flaco, enjuto, de una mirada entre astuta y burlona. El otro, rechoncho, bajo, barrigón, de andar cansado y ademanes lentos. “*El larguirucho*”, por razones de buen servicio, había estado de guardia en el Hospital, vigilando a un reo que fue operado de urgencia. Al regresar a las doce del día al Penal, fue notificado por el Teniente que debía asumir tareas de revisar paquetes a la hora de visitas. Por su parte, “*el chato de los baldes*”, a esa hora bajaba desde la garita, donde había estado de centinela en el turno de cuatro horas, desde las ocho de la mañana. Al presentarse en la Guardia Armada, su jefatura le ordenó que debería dedicarse a revisar bolsas y paquetes al ingreso de las visitas, a partir de las catorce horas. El almuerzo fiscal estuvo escuálido en el casino de suboficiales. En

“Tránsito”

la hora programada, en un largo mesón de madera, se dedicaron a revisar bolsas, encomiendas, uno a cada lado, tratando de avivar el ojo e impedir que pasaran elementos prohibidos hacia la población penal. En esos momentos estaba cumpliendo condena un sujeto *“malas pulgas”*, corpulento, de estatura superior al promedio, hombre de campo, apodado *“El Huaso Beto”*. Ese preciso día lo visitaba su anciana madre, una típica mujer campesina. Le llevaba a su hijo un pernil de chanco, recién preparado, todavía calentito, y que expedía un olorcillo inconfundible. *“Larguirucho”* miró a su compañero de vigilancia, el *“Chato de los baldes”*, con una sonrisa de resignación, encogiendo los hombros. La viejecita se dirigió al Patio de Visitas, donde la esperaba su hijito, el *“huaso Beto”*. Le entrega el Pernil con ají, envuelto en papel mantequilla y un albo mantel blanco. Para no compartirlo con nadie, el *“huaso Beto”*, salió raudo con el apetitoso paquete, hacia el Patio seis, de reos rematados, donde tenía su *“carreta”*. Allí, en un enorme cajón con candado, procedió a guardarlo, bajo *“siete llaves”*. Regresó al patio de visitas, donde compartió con su madre, quién le llevaba otros embelecocos. Terminó el procedimiento de visitas, los internos a sus respectivos patios y la visita, comenzó en fila, a hacer abandono del penal. Ambos gendarmes quedaron *“disponibles”*, es decir, deberían asumir otras tareas ordenadas por la autoridad. En la Formación de las 18 horas, el oficial de Guardia, los designó para cumplir con el *“Servicio Nocturno”*, consistente en pasar rondas por calles y galerías, al interior del penal, revisando barrotes, celdas, candados, y toda sospecha de una posible fuga. Era una misión importante, cuyo objetivo era prevenir situaciones

“Tránsito”

complejas para el personal. Comenzaron las rondas por separados, a las ocho de la noche, cuyo turno terminaba a las ocho de la mañana, del día siguiente. Cuando se juntaron a las diez de la noche, para ver alguna “novedad”, “Larguirucho” le dice al “Chato”:

-¡pucha compadre!...estoy con el “diente largo”, estuvo ahí no más, el caldillo de salmón...quedé con todo el hambre...-

-¡yo también!...me llegan a sonar las tripas – le contestó su amigo, sobándose la barriga.

- Y en la Panadería recién sale el pan a las dos de la mañana-

-cero posibilidad, pero tengo una idea. A lo mejor al “huaso Beto” le quedó Pernil – dijo el “Chato”, poniendo cara de astucia canera.

Enseguida, se dirigieron al patio seis, a la “Carreta” del “huaso Beto”. Como tenían sendos manojos de llaves, se dedicaron a abrir el candado. Después de un rato, se escuchó un musical sonido: -¡click!. Allí estaba el Pernil, esperando, casi intacto, lo sacaron silenciosamente y se perdieron en la oscuridad. Acordaron llevarlo a la Panadería, donde lo compartirían con los dos reos panaderos. Se dieron un festín. Una vez que el hueso quedó “pelado”, “Larguirucho” le dijo a su compañero:

-¡mañana el guaso va a poner el grito en el cielo!. Va a ir a reclamar a la Guardia Interna.

-tranquilo, flaco, tranquilo...vamos a ver qué se nos ocurre, je je je je...¡hip!...je je

“tránsito”

Cuando regresaron a la *“carreta”* del *“huaso Beto”*, con el hueso del pernil, lo dejaron allí adentro. Luego se dieron a la tarea de *“engatusar”* a uno de los tantos gatos que deambulaban por el patio más poblado del penal. Atraparon a uno, le hicieron un poco de cariño, lo encerraron en la *“carreta”* junto al hueso y le pusieron el formidable candado.

A la mañana siguiente, cuando *“huaso Beto”* abrió su cajón, salió un gato plomo, corriendo despavorido, arrancando a esconderse en los múltiples rincones del Patio seis. Todavía se pregunta cómo y en qué momento, el minino se introdujo en la *“carreta”* y *“le dio el bajo”*, a su delicioso pernil.

////////////////////////////////////